

EL YO: LO SOCIAL Y LO INDIVIDUAL

Hay escritores que insistieron en el hecho de que, en sentido muy fundamental, el yo es producto de la interacción de una persona con otras. Lo que parece esencial es el medio ambiente social. La idea central, en resumen, es que el yo de la persona se desarrolla en relación con las reacciones de otras personas hacia ella, y que tiende a reaccionar consigo mismo de acuerdo con estas reacciones. Esto quiere decir que el sistema del yo no es meramente función de la manipulación que del entorno hace una persona, sino función del modo en que una persona es tratada por las demás. El yo es producto social. Esta línea de pensamiento constituye un elemento importante para muchos de nuestros grandes teóricos, como Piaget y Freud, pero sus exponentes más notables provienen de otra tradición.

El sociólogo americano Charles Horton Cooley¹ acuñó la importante frase de *looking-glass self*. Del mismo modo que un hombre contempla su reflejo en un espejo y utiliza el reflejo para adquirir información referente a su naturaleza física, así también se sirve de las actitudes de otras personas para con él como medida de lo que es realmente. El espejo suministra el *feed-back*: el sujeto puede corroborar por medio del reflejo si su aspecto es aceptable o no para él mismo. De modo similar, las reacciones de otros suministran a un hombre el *feed-back* de cómo les parece y puede descubrir si están de acuerdo o no con la forma en que se percibe a sí mismo.

Nunca desarrolló Cooley plenamente esta línea de pensamiento, pero asumió la tarea otro americano, George Herbert Mead². La obra principal de Mead no se publicó hasta después de su muerte; no obstante, más tarde ejerció profunda influencia en diversos campos de pensamiento de la psicología social y la sociología. La gran aportación de Mead consistió en el reconocimiento de que el yo constituye una estructura social que surge a través de la comunicación. Según él, el primer elemento de comunicación es el gesto. Por ejemplo, un animal irritado enseñará los dientes. Según Darwin, ese gesto posee valor aplicable a la supervivencia, puesto que los dientes se encuentran dispuestos a actuar o a contrarrestar. El gesto es realmente la primera parte de una serie de actos y puede llegar a servir como signo del acto completo.

La situación en que uno de dos animales responde a las acciones del otro puede mencionarse como «conversación por gestos». Buen ejemplo es el apareamiento instintivo del gasterósteo de tres púas descrito por el etólogo Tinbergen³. La hembra, con el abdomen turgente, nada al azar en el agua. Cuando el macho la descubre comienza su movimiento en zig-zag. Entonces la hembra se acerca al macho, que, seguido a corta distancia por ésta, se dirige al nido que ha preparado previamente y los dos penetran en él. Muestra el nido a su futura compañera y en ese momento comienza a temblar (¿con excitación?), lo que induce a la hembra a desovar. Por último, el macho fertiliza los huevos. Tan complejo comportamiento es en realidad una cadena de acciones y reacciones. La acción de uno de los peces es el estímulo para que el otro responda de determinada manera, y esta reacción se convierte en estímulo para que el primero de los peces reaccione a su vez. Cada estímulo «libera» una reacción, que entonces se convierte en estímulo que «libera» otra, y así sucesivamente. La acción de cortejar entre los gasterósteos representa una «conversación por gestos».

No obstante, una «conversación por gestos» no es lo mismo que una comunicación. Según Mead, la «conversación por gestos» llega a ser comunicación cuando los gestos se hacen *significantes*, es decir, cuando suscitan en el organismo que realiza el gesto la misma respuesta que el gesto suscita, o pretende suscitar, en el otro organismo. La comunicación queda notablemente facilitada por el empleo del lenguaje. La comunicación no exige el lenguaje porque, como recuerda John Macmurray⁴, la comunicación no es generación del lenguaje, sino su matriz. Sin embargo, el proceso queda mejor ilustrado por el empleo del discurso. Cuando hablo a otra persona, estoy tratando de hacer que brote en ella una respuesta a mi estímulo lingüístico. Al mismo tiempo, hago brotar la misma respuesta en mí mismo. El valor del lenguaje gira en torno a un gozne: el hecho de que obtengo el significado' de lo que digo, de modo que si solicito a una persona suscito en mí mismo la misma respuesta que pretendo evocar en ella. Esto representa un paso muy importante, porque si suscito en mí la respuesta que intento que brote en otra persona, entonces sin que el otro haya de responder en absoluto puedo prever su reacción a mi comportamiento y, por extensión, puedo

¹ C. H. COOLEY: *Human Nature and the Social Order*. Scribner, 1902.

² G. H. MEAD: *Espíritu, persona y sociedad*. Paidós, 1965.

³ N. TINBERGEN: *El estudio del instinto*. Siglo XXI, 1973.

⁴ MACMURRAY: *Persons in Relation*. Faber and Faber, 1961.

prever mi propia reacción a la prevista reacción del otro. Un individuo puede prever la reacción de otro mediante el proceso que denomina Mead *asumir el rol del otro*. Así, a juicio de Mead, el yo es esencialmente reflexivo; posee estructura social, y ello porque el yo puede ser tanto sujeto (lo que Mead denomina el «yo») como objeto (denominado por Mead «mi»). Se hace posible un género de conversación interior con la que el sujeto puede, sin acción, repasar posibles cursos y consecuencias de acción. Esto significa que el comportamiento del individuo deja de estar determinado por la respuesta *efectiva* de la otra persona, como en el caso del gasterósteo enamorado. Al prever la reacción del , otro a mi acción y también mi reacción a su reacción, adquiero la posibilidad de examinar y evaluar posibles modos de acción y con ellos elegir un modo de acción particular.

En la interacción social el comportamiento de una persona está influenciado no por los actos de la otra en cuanto tales, sino por el significado (intención, motivos, etcétera) que la persona asigna a los actos de la otra. La acción individual se construye en relación al otro, y no es simplemente liberada por los actos del otro. Como señalara Blumer⁵, el argumento de Mead pretende que el comportamiento del individuo no está simplemente determinado por fuerzas externas (como en ciertas opiniones sociológicas) o evocado por impulsos internos (como en ciertas opiniones psicológicas).

En resumen: el yo no es connatural ni puede aparecer en el individuo aislado de sus compañeros. El yo surge de la experiencia social de interactuar con otros. El yo posee una importante cualidad reflexiva: es a la vez sujeto y objeto. En la interacción, el hombre aprende a responder conforme los demás le responden. Llega a ser objeto para sí mismo cuando toma para sí las reacciones de otros hacia él. Adquiere el yo colocándose en «el pellejo de otros» y empleando la perspectiva que de él tienen para considerarse él mismo. A esta capacidad del hombre para asumir las actitudes de los otros hacia él es a lo que alude Mead en su famosa frase «asumir el rol del otro».

En esta opinión, los atributos distintivos del hombre surgen no tanto de la superioridad de su sistema nervioso en cuanto tal (opinión, visión biológica), como del género de relaciones sociales que sostiene el hombre con otros de su especie. Una persona es un ser con yo, y ese yo surge a través de las relaciones sociales de ese ser. Lo resume Macmurray cuando escribe:

La unidad de la existencia personal no es el individuo, sino dos personas en relación personal; y... somos personas no por derecho individual, sino en virtud de la relación recíproca. Lo personal está constituido por la conexión personal. La unidad de lo personal no es el «yo», sino el «tú y yo».

La idea de la persona totalmente independiente de otras es una ficción.

La mayor aportación de Mead, en consecuencia, se apoya en su sugerencia de que el yo se desenvuelve solamente cuando una persona comienza a «asumir el papel del otro», cuando la persona toma para consigo misma las actitudes que otros toman hacia ella. Una de las formas importantes en que el niño aprende a hacer esto es en el juego, como recalcaron Mead y Piaget. El juego, ya sea en solitario o con otros, con fantasía o con juguetes, desempeña la misma función. Consideremos el caso en que el niño juega a ser otra persona, uno de sus progenitores o un niño héroe. Con frecuencia, el niño desempeña dos roles en interacción, como el juego de «casa», en que el niño es la madre y el padre. En esas situaciones de juego¹ o fantasía el niño explora las reacciones de otras personas entre sí y para con él, así como sus propias reacciones para con ellas. De este modo el niño aprende a verse desde la perspectiva de otros. La organización de las respuestas de otros forma parte esencial del proceso del desenvolvimiento del yo.

HARGREAVES, D. **Las relaciones interpersonales en la educación**. Madrid: Narcea Ed. (1986), p.16

⁵ H. BLUMER: *Sociological implications of the thought of George Herbert Mead*, en «American Journal of Sociology», vol. 71, 1966, págs. 535-548; *Society as symbolic interaction*, en A. M. Ross: *Human Behaviour and Social Processes*, Routledge y Kegan Paul, 1962.